

SELE
JUEVES Y DOMINGOS

DIRECTOR-FUNDADOR
Blas Perillan Buxó

NÚMERO DEL JUEVES
15 CENTIMOS
suplemento del domingo
10 CENTIMOS

NÚMEROS ATRASADOS
a doubles precios

SUSCRIPCIONES

En Madrid. — No se admiten por menos de 6 meses, 24 rs., o un año, 48 rs.

DIRECCION

Calle de la Amnistia, 3
bajo de la derecha.



ÓRGANA POLÍTICA DEMOCRÁTICA

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

DIVERSIONES

PLAZA DE TOROS

Corrida 2.^a de abono, verificada en este Congreso el 16 de Abril, año 2.^o de la era fusionista.

Cabayeros, vengo del apartado y he visto las seis fisonomías de los correligionarios de Capirote, que van a debutar en la función de hoy.

Como ayer tarde me fui a la tribuna del Congreso, por mor de la curiosidad, y me tocó en suerte oír a un tal don Celestino Rico, que dicen que es subsecretario de la Hacienda, resultó que en toda la noche no pude serrá los ojos, y estoy ahora más mollo que si me hubiera revolcao un benévolo de cornamenta.

¡Vaya un trapío el del señó subsecretario! Comenzó con algunas navarras de encuentro, hizo aluégó tres verónicas mal rematás, y acabó con unos galleos desabórios perdiendo el capote y tomando el olivo por el arrastrero de las notabilidades desgrasiás.

Había en lo alto de la meseta del toril un cabayerote, enjuto como una caña, calvo como un perol, y orejudo hasta la desagración, que no jasía más que *tilla, tilla, y tilla, tilla*, con una esquila de mango, en cuanto que a uno de los usías debajo se le escurría la sin hueso. El menistro de la Hacienda, que estaba en un poyo de color azul, sacó dos ó tres veces el pañuelo, como pa pedir banderillas, y se tapó la boca pa esmular un ataque de risa furminante que su sobresaliente le producía con sus desplantes. ¡Vámos, si lo que no se ve en estos Madriles!... Cuando ménos lo esperabamos, se armó un laberinto de palabras y manoteos que no dejaba oír al señó de la esquila, y tuve que salirme atronao y descolorio, pa toma lenguas sobre los bichos que nos van a larga en la sesión de esta tarde.

Supe anoche que eran de la vacá del duque de Veragua, y como ésta es una firma de primera categoría, me acosté a buena hora pa no faltar al dictamen de la comisión de actas que ha de enchiquerar a los protagonistas de la fiesta.

Ahora mesmito vuelvo de los corrales, y aseguro bajo palabra de gitano de bien, que los seis duques me han parecido seis *pavos* de primera calia, manque el pelo de alguno de ellos parezca ménos fino que la sangre que circula por sus venas (creo que esto no está mal parlar!) con que, aimuerzo de pié como los estudiantes, y a las cuatro ménos cuarto ya me tendrán ustés en mi centro de tendio de sol, confundido entre la muchedumbre, como una perla entre los pejes. ¿hé dicho algo?

¡Eh! ¡Eh! A la plaza... ¡Pus andandito!

Con asistencia del monarca, y bajo la presidencia de un concejal y diputado, tocase del astro de la noche (el señor Martínez Luna), saltó al ruedo el primer interpelante, berrendo en *carca*, buen mozo y llamado *Besailo*, que sufrió dos desgarrones de Bartolesi, una buena vara de Colita, otra de aquél, otra de éste con daño, puesto que tuvo que retirarse, y dos más de Dentaurra (Calderon). El bicho pasó a palos, recibiendo 2 medios de Mariano Anton y uno del Gallo mayor, aquéllos malitos, y éste designal.

Lagaritjo, con vestido de perla y oro, brindó al pié de la tribuna, y se fué a la cabeza. Aquí está la faena: 8 pases ceñidos con arte y una estoca *barbiana* en los rubios. (Palmas, y muy justas).

¡Paso á Campanero, que así llaman los vaqueros al 2.^o! Negro, mulato, listón, libre cambista y poliglota por lo berreador, y con la lanceta derecha como un escobillon. Recibió un *osculo* de Pepe Calderon, una vara de Bartolesi, otro bostito del 1.^o, y 4 buenos puyazos de Paco Fuentes; con lo cual, y una serenata al presidente, que vió blando al Campanero, pasó éste a la sépie inmediata, y le colgaron, entre Manuel Sanchez y Cuatro-dedos, 2 pares y medio, medianos los del primero, y un poco caído el del segundo.

Vámos al desenlace, á cargo de Hermosilla, que tambien luce traje perla con oro.

Aquí está su labor: 7 pases cortos y media estocada

bien señala; 2 pases más y otra media del mismo estilo; otros 12 pases excelentes y una de arrojo, un tantico caída, pero de empuje; con ella se acostó la fiera, y la remató el puntillero a la primera tentativa.

Pastor (y no protestante), es el 3.^o, colorao y con *queues*, como toos los personajes iminentes: ¡bonita fiera! y con más *pieses* que la caballería portuguesa; saludó con dos *reloues* a los de tanda, tomó una de Bartolesi, que le costó un tumbó piramidal, otros 5 puyazos del mismo picaor, y 3 de Colita.

Tocaron á banderillas, de las cuales pusieron 2 y medio pares entre Galindo y el Morenito, viéndose éste casi encunao al pasar durante el toque de los clárrines.

Fué Galitjo á la cabeza, vestido de café con leche y plata; y despues de 7 pases en buen terreno, un conato de estoca (¡no se ice asina!), 4 pases más, un pinchazo extraviado, otros 5 pases, otro pinchazo y algunos diversos accidentes, en los cuales le contrariaba el viento para el juego del trapo rojo, se tiró de un poco llojos y arrió otros dos amigos (bajísimo el 2.^o), y a la postre largó una algo tendida, pero *terminante*, porque Pastor se declaró en crisis y presentó la dimision de la vida.

Negro y zaino es el color
Del cuarto que al circo sale;
Es un sujeto que vale,
Y le ican *Salvador*.

Salid, vió y revolcó á Colita, echándole allá de la frontera y cebándose en el jamelgo. Otro puyazo y otro tumbó á Bartolesi: *Lagaritjo* al quite, con mucho talento y recibiendo palmas; un contribuyente de la tarifa 4.^a (digo, del tendido de ese número) suelta la chaqueta.

Signe el lanceo con poca sombra, y el bicho pasa al *tocadé*, prendiéndole 2 y medio pares de alfileres entre José Gallo y Mariano Anton, sobresalientes los del 1.^o

Rafael recogió los avisos: *Salvador* quiso justificar su nombre, sin conseguirlo, y el maestro cordobes con 10 pases muy soberbios, dió el pasito atras y metió la hoja hasta cerca de la empuñadura. Y ¡cataplum! el animal dió un paseito y rodó como un bombo. Nuevas palmas ¡y muy justas! Una ovacion.

Comelo es el quinto
Que sale al recinto,
Y por tal responde;
Buen mozo, *vizconde*,
Castañó, bragao,
Pino y salpicao.

Rafael le quiebra con el capote al brazo; Bartolesi, Colita, Calderon y Fuentes le pican, iniciándose en los quites el *director* y Hermosilla; y sin otra novedad, el *Barbi* y Sanchez del Campo le adornan el morrillo con 2 pares y medio de saetillas, de lojo las del 1.^o, por lo bien colocadas.

Va Hermosilla al busto de *Comelo*, lo pasa 15 veces, y marca un pinchazo; el viento impide en algunas ocasiones el trasteo; y al fin, con otros 9 pases, da otro pinchazo: continúa la brega, y larga una, algo caída, que remató al bicho.

Buen final! *Coritito* se llama el sexto, que es un soberbio animal; y más salao que el impuesto de la sal.

Lo recibe Bartolesi, que cae; sigue Colita, que tambien se apena y pierde la *espátula*; entra Fuentes, que entrega su alimaña y así continúa el jolgorio; el público más animado que al principio. *Coritito* ha dado juego de largo.

Banderillas: un puntillero y Galindo le ponen las de ordenanza; el Galitjo lo pasa 7 veces y endosa media estocada que parece buena: lo cierto es que el toro cayó.

En resumen, cabayeros:

La Presidencia, *lunática*. — El temporal, con viento molesto. — *Lagaritjo*, bravo y acertado. — Hermosilla, bien en su primer toro; en el 2.^o desigual y desgraciado. — Gallo regular. — De los piqueros, Bartolesi y Calderon. — De los banderilleros, *Barbi*. — De los *correos* de número, Juan Molina. — Servicio de la redondel, bueno, ménos en el último toro. — La música, *añada*. — Las dependencias, buenas. — Los arguaciles, sirbáo el de la llave. — El pueblo soberano, impaciente. — Caballos *sindicalizados*. 10. — Entra, de barambúten. — La corrida, buena.

Y hasta otra, milores.

CARCOMA.

BROMAS

El número 15, correspondiente al jueves 13, está completamente agotado, y la reedición es de todo punto imposible.

Se ha dicho que el Gobierno había concedido al Sr. Castelar un *hilo* (telegráfico) para ponerse al habla con M. de Freycinet y arreglar algunas cosillas del Tratado francés. ¿Con que le han dado un *hilo*? Pues yo, si quiere, le daré la aguja... y que se busque la tela.

Un periódico francés dijo que su nación podía aprovechar la agitacion catalana, y buscar allí el remedio de su pérdida de dos departamentos en la guerra con los alemanes. Despues se ha sabido que una escuadra francesa ha fondeado en aguas de Barcelona.

¡Bien, hombre, bien!

¿Quiéren ustedes otro pedacito de territorio?

Pues les daremos no sólo Cataluña, ¡eso es una bicoca! les haremos la Mancha, y Mora, que es un pueblo de ella, por aquello de que una... con otra se quita.

Puesto que la prensa ministerial pone grande empeño en decir que la cabeza del toro *Capirote*, que cogió al espada Angel Pastor, no ha sido adquirida por un elevadísimo personaje, sino que pertenece al Sr. D. Cándido Lara, nosotros vamos á consignar hechos que ni la prensa ministerial, ni el mismo Papa, pueden reñutarlos. Así clarito y sin repulgos de empanada, porque no hay elevadísimos personajes que nos hagan callar verdades, por insignificantes que, como esta, sean.

Mientras el Galitjo mataba el 6.^o toro de la corrida del lunes, dos distinguidos caballeros que ejercen en Madrid cargos de alta autoridad, bajaron al patio en que están situadas la enfermería, la administración y otras dependencias del circo taurino. Allí estaba el empresario del espectáculo, y allí, entre otros muchos curiosos, estaba un servidor de dichos caballeros y de todos ustedes.

Los señores aludidos llamaron al Sr. Menendez de la Vega, á un pasillo de la administración; hablaron con él broves instantes, y el referido empresario, en voz alta y bien clara, mandó á un agente de orden público, que fuera á la carnicería y dijera que reservaran la augusta cabeza del bicho *Capirote*.

Volvió el guardia, y dijo, tambien en alta y sonora voz, que el encargado de la carnicería (Ramon Feito) se negaba á reservar el glorioso resto de la pujante fiera, ni aunque fuera pedido para... (aquí nombró á un elevadísimo personaje).

Ante esta rotunda negativa, las dos autoridades nombradas y el mismo señor empresario, se trasladaron inmediatamente á la carnicería...

¡Fáltanos saber si la cabeza era pedida para el personaje A ó B: en esto no quitamos ni ponemos rey, como vulgarmente se dice: pero si nos resolvemos á estaupar la breve relación de hechos que hemos presenciado, y de los cuales, como se ve, acordamos detalles, y hasta un nombre y apellido que nos oran desconocidos; el del encargado de la carnicería de la plaza de toros.

Lo que hay en esto, es que los escrúpulos de ciertos periódicos dan proporciones á cosas que en realidad no las tienen, y aún consiguen que LA BROMA se ponga seria para estampar lo que ha visto, y lo que nadie en el mundo le obligaría á desdecir.

Conste, y á otra cosa.

Como es un verdadero fenómeno que la prensa seria *des-cienda* á ocuparse de los periódicos satíricos, no extrañársa los lectores que reproduzcamos con viva complacencia (y dando por ello las gracias más cumplidas a *La Propaganda liberal*) el suelticillo que sigue.

Dico el colega:

«LA BROMA de hoy publica una caricatura digna del feliz ingenio de su director.

Representa una corrida de toros, y en ella se ve, en primer término, al toro *Chisís* arremetiendo contra el pequeño *Arsénico* y arrojando un desaguisado en el redondel.

Toda la cuadrilla anda por los aires, ó rodando por el suelo, á imitación del piquero, que aparece bajo el caballo. Lo más notable es ver al *Canciller* que no llora ni brama, ante semejante destrozo ministerial.

¡Como que dejó en el Zanjón su última lágrima!

El Sr. Aguado y Mora, director general de Administración local en el Ministerio de la Gobernación, ha tenido la galantería de remitirnos un cuadro ó estado general que contiene el Resumen de los Presupuestos provinciales en el año económico de 1880-1881. Debe estar bien hecho. Nuestro antifusionismo no llega hasta el punto de desconocer que el Sr. Aguado y Mora es un celoso é inteligente funcionario público, hombre de administración, en la honrosa acepción de esta frase, y que ha prestado dilatados servicios al país.

Por supuesto, que son contaditos los empleados de esta calidad que tiene el actual Gobierno; por cada Aguado y Mora, hay cinco mil calamidades... y me quedo corto.

Conque gracias, Sr. D. Isidro.

En el Cairo se han insurreccionado algunos oficiales del ejército, porque estaban disgustados con el ministro de la Guerra, que los tenía postergados, habiendo dado ascensos á otros, sin más méritos que el favor.

¡Iniquidades!

Como se ve, no abundan los Martínez Campos, ni su rectitud es imitada por esos mundos.

Aquí, excepción hecha de algún grado que se concede á un ilustre niño, por su afición á la carrera militar, los demás ascensos en el ejército, son justísimos; así es que nuestros oficiales en activo, pasivo, de reemplazo y hasta los inválidos! están loquitos de contentos con el simpático general.

Se ha recibido en el Senado la estatua de Colón, que va á ser colocada en el Salón de Conferencias de la Alta Cámara.

Bien mirado, Colón fué en vida un hombre infeliz, desdichado...

Pero ¡ay! después de hecho polvo, le han sucedido averías que no podía soñar.

Como Cervantes, que está frente al Congreso.

¡Qué saña la de los pigmeos con las efigies de los grandes!

¡Ya no falta más que poner una estatua de Catón frente al Ayuntamiento!

El Sr. D. José Valero, eminente artista dramático, gloria de la patria escena, ha sido dado de baja en el Teatro Español.

¡No hay para él una cátedra en la Escuela de Declamación!

Pero ¿cómo ha de haberla, si es un hombre de mérito extraordinario?

Su trabajo levantó sobre los cimientos el grandioso hospital de la Princesa...

¿Le reservarán una cama de limosna?

Y considerar que hombres como Rute, Venancio González, Marrón, Rico y otras mil capacidades de este jaez, gozan pingües rentas del Estado; y Zorrilla y Valero, el gran poeta y el gran actor, pueden morir de hambre, arinconados y abatidos!

¡Qué moderación ni qué ocho cuartos, señores críticos de nuestra franqueza! Las cosas se llaman por su nombre: este es un país de mojiganga.

¡Parsa, padrinazgo, embrollo y trapisonda! Al que vale, lo hunden: los mamarrachos se engrandecen. Esto está desquiciado.

¿Quieren ustedes otro ejemplo?

Pues lean esto de ANTONIO VICO.

Es un artista de gran talento,

ha conseguido triunfos sin cuento;

es un gigante de nuestra escena;

su nombre ilustre la patria llena...

Pues bien, señores, por eso mismo,

Le ha derrotado el extranjerismo.

Lean ustedes atentamente

su epistolilla, que es la siguiente:

«Muy señor mío: Tuve la ridícula pretensión de formar una modesta compañía de actores españoles, con la cual

pensé actuar durante treinta días en el teatro de la Alhambra. Contaba para ello con tres producciones nuevas, también de autores españoles. Me he equivocado.

Sólo he podido estrenar *La ley suprema* y sus tres representaciones han producido la suma de 1300 rs. (sin contar los ciento once que he realizado en concepto de abono diario).

Me veo en el tristísimo caso de abandonar mi descabellado propósito, y de hacer públicas las poderosas razones que me obligan á cerrar el teatro.

Los señores abonados pueden pasar á contaduría á recoger el importe de las funciones que dejan de verificarse.

Todas las demás obligaciones han quedado satisfechas.

Agradezco á V., señor director, la inserción de estas desventuradas líneas y le reitera su afectuosa consideración

su S. S. Q. B. S. M.—ANTONIO VICO.»

UNA POETISA VALLISOLETANA

Como este *Suplemento* es más literario que político, nuestros lectores no extrañarán que hoy nos permitamos ofrecerles en estas columnas, las primeras de un ingenio de nuestro país natal. La autora de las décimas que publicamos á continuación está en los albores de la vida; y la Crítica sería muy exigente si de ella reclamara aquella perfecta corrección que á la inspiración dan la cultura y el estudio de los clásicos del arte poético.

Hechas estas cortas advertencias, tenemos la honra de

presentar en serio á nuestra paisana la señorita LEONORA CARABANTES, haciendo votos porque llegue á adquirir una reputación literaria que, á nuestro juicio, hacen esperar, no ésta, pero si otras bellísimas composiciones que de ella daremos: hé aquí la tarjeta de visita de la poetisa vallisoletana:

Á UNOS OJOS

Siempre son tus ojos, bellos;
dulces, si miran en calma;
si hay tempestad en tu alma,
brilla el relámpago en ellos:
en sus fúlgidos destellos,
hoy gran borrasca se advierte;
si es un crimen el quererte,
sentencia; tú eres mi juez:
pero mirame otra vez,
y despues... dame la muerte.

Tu mirada me fascina,
ya en calma, ya tempestuosa;
si está serena, ¡qué hermosa!
si hay borrascas, ¡qué divina!
Hoy en ella se adivina,
que han de estallar tus enojos:
entrecabre esos labios rojos,
entrecabrelos, ¡alma mía!
y destruye mi alegría;
¡pero no cierres los ojos!

Descargue esa tempestad,
que reflejan tus pupilas
há poco tiempo tranquilas;
no tengas de mi piedad:
mata mi felicidad;
será tu primer ensayo,
mas no mires de soslayo.
ni airado ni indiferente;
si no miras frente á frente
no veré partir el rayo.

Aunque fatal mi destino,
no me hará retroceder:
mi corazón quiere arder
en ese fuego divino,
antes lago cristalino
donde me vi sonreír;
si yo dejo de existir,
llora sobre mis despojos;
y despues... cierra los ojos
y no los vuelvas á abrir.

LEONOR CARABANTES.

POLÍTICA DEL HAMBRE

(MEMORIAS DE UN FUSIONISTA)

POR

LUCRECIO MÉSTON

CAPÍTULO XV.

IGLUPES DE MALA FORTUNA

Es excusado decir que al día siguiente al sonar las once de la mañana, me encontraba yo en el Prado, frente á la esquina del palacio de Villahermosa. No habían pasado cinco minutos, cuando un coche de alquiler que bajaba por la Carrera de San Jerónimo, se detuvo á los pocos pasos, y una mano blanca asomó por la portezuela y me llamó.

—Sube, me dijo Fidela con voz breve cuando estuve al lado del cristal.

Abrí la portezuela, me acomodé en la berlina al lado de mi amiga, y el coche volvió á partir, tomando el camino hacia la parte de Recoletos. Fidela iba sencillamente vestida de negro, y con un manto grande que casi la cubría el rostro.

—Este es el mejor medio de que hablemos á solas y sin miedo de indiscreciones, me dijo: tengo ganas de saber qué ha sido de tu vida en todo este tiempo que no nos vemos. Cuéntame tu historia.

Se la conté sencillamente y sin ocultar mas que aquellos secretitos que no me pertenecían.

—Poca fortuna has hecho, por lo que veo, me dijo.

—No te pasa á tí lo mismo, le contesté. Cuéntame ahora tus aventuras.

—Es historia algo larga, y que en algunos pasajes podría incomodarte. Vine á Madrid para cumplirte la palabra que te había dado, y por más diligencias que hice, no te encontré. Trabé amistad con una buena señora que se propuso protegerme: me enseñó muchas cosas que yo no sabía: viví con ella dos ó tres meses, tuvimos un ligero disgusto, y por último me declaré independiente. Mi buena estrella me ha proporcionado un protector que creo que es millonario, y él me da más que le pido.

Pero como viejo, es algo celoso; vicio que veo está muy generalizado en los hombres. Por esa razón no he querido recibirte en mi casa, como exige nuestra amistad, y hoy tenemos que vernos casi de tapadilla. Ahora bien; continúo: tú has sido para mí más que un hermano y un marido, y ahora que estoy en la prosperidad, tengo á decirte que lo tuyo y lo mío son bienes comunes, y á saber qué necesitas.

—Tienes un corazón de oro, y yo te lo agradezco, Fidela. La satisfacción de que me reconocas y me conserves tu estimación me basta. Con mis trapicheos de la reventa de billetes tengo para vivir cómodamente, y siempre me sobra uno onza en el bolsillo para obsequiar á una amiga del alma.

—Mucha altivez gastas, Claudio. ¿Te avergonzaría el aceptar el dinero de esta pobre mujer, que siempre ha sido y será tuya en cuerpo y alma?

—No, Fidela, es que realmente no lo necesito, y en el hombre es bochornoso vivir á expensas de una mujer.

—¡Luego en la mujer es bochornoso vivir á expensas de los hombres?

—No, Fidela, son dos casos distintos. Tú no tienes más patrimonio que tu hermosura. Yo tengo brazos robustos para trabajar y un poco de ingenio para capear el mundo. Seamos amigos como siempre, pero no trates de humillarme.

—¡Amigos uada más, Claudio?

—Amigos como siempre, creo que he dicho, y tú ya sabes cuál ha sido desde el principio nuestra amistad.

Habíamos llegado con el coche un poco más allá de la Fuente Castellana: á la derecha y entre un bosquecillo había, y creo que existe todavía, una fonda aislada y poco concurrida á aquellas horas. Fidela mandó detener el coche y me dijo:

—Almorzaremos aquí si no lo llevas á mal.

—Será mi mayor placer, le contesté; pero con la condición precisa de que me dejes pagar el gasto.

—No seas niño, Claudio... déjate de esas cosas.

—Si no aceptas esa condición, no entramos en la fonda.

—Sea lo que tu dispongas: tienes un carácter tan arisco que no quiero llevarte la contraria.

Nos pusieron una habitación retirada con una ventana al jardín, y allí almorzamos mano á mano y en el seno de la confianza, lo mejorcito que hubo en la fonda. Las horas pasan volando en medio de la dicha. Cuando quisimos recordar eran ya las tres, y á escape volvíamos á Madrid. Yo me despedí de Fidela hasta otro día á la entrada del Prado.

Y nuestras citas menudearon tanto, y perdieron de tal modo su carácter de reserva, que el viejo protector de mi amiga hubo de enterarse de lo que pasaba. Debía ser hombre vengativo, porque disimuló y espío sigilosamente la ocasión de jugarlos una mala pasada.

Fidela y yo habíamos cenado una noche alegremente en una casa de la calle de Sevilla que se llamaba *El Colmado*. Nuestra cita se prolongó hasta hora muy avanzada de la madrugada. Obrábamos con entera libertad, porque el viejo millonario había salido aquel día de Madrid para visitar unas posesiones que tenía no lejos de Segovia.

Las tres de la mañana ó poco más serían, cuando unidos del brazo salíamos desconfiadamente del Colmado. La calle estaba completamente solitaria, y el Ayuntamiento, por economía, había hecho apagar ya las luces del gas. Esto nos importaba poco, porque conocíamos el camino.

Más de pronto, á favor de las espesas sombras, salieron, yo no sé de donde, tres ó cuatro jayanes que yo no vi, y empezaron á menudear sobre mis costillas tales estacazos, que al tercero caí redondo al suelo, y apenas oí los gritos de Fidela, á quien por lo visto, no trataban mejor.

Cuántos golpes recibí, yo no lo sé, porque perdí el conocimiento á los primeros, y quedé como muerto. Empezaba á alborar el día, cuando un sereno que se retiraba de su servicio tropezó con mi magullado cuerpo, y creyendo que sería un borracho, quiso despertarme á puntapiés, sin conseguir más que arraucarme alguno que otro gemido. Llegaron á las voces dos guardias municipales; y como al fin me registraron y vieron que manaba sangre de varias heridas, tomaron el buen acuerdo de llevarme casi on brazos, pues no podía andar, á la casa de Socorro más cercana, donde el cirujano de guardia tuvo la caridad de vendarme las heridas y hacerme acomodar en una cama, donde á fuerza de bebidas espasmódicas recobré el conocimiento, y con él los agudísimos dolores que sentía en todas las partes de mi magullado cuerpo.

Sobrevino luego el juez de guardia, bastante malhumorado, seguido de un escribano que no venía de mejor talante, y me molestaron con un diluvio de prebuntas que yo contestaba atolondradamente, sin poder darme cuenta de lo que decía.

Y el juez dijo muy serio, que en vista de mis respuestas contradictorias é incoherentes, que demostraban que estaba mintiendo, había causa sobrada para considerarme como un criminal; y por buena providencia mandó que se me condujera en una camilla á la sala de presos del Hospital, donde me interrogaría más despacio al día siguiente.

Trabajo me costó en los días siguientes, cuando recobré por completo mi razón, hacer comprender mi inocencia á la gente de curia que me asediaba. Habían escrito infinidad de pliegos, cuando por último el juez del distrito, aconsejado por el escribano, dictó auto de sobresimiento, dejándome con mis golpes y sin imponerme castigo alguno por haberlos recibido. Aunque yo creo que mi salvación la debí á la circunstancia de que no se me encontró siquiera un cuarto para ir pagando costas, pues cuando caí herido en medio de la calle, no sólo el dinero que llevaba, sino hasta el reloj me robaron los apaleadores, ó algún alma caritativa que acertó á pasar por allí.

Cuando salí del hospital, á los diez días, me dirigí á mi casa, y tuve la satisfacción de saber que mi compañero y consocio había sido preso por haberle sorprendido la policía vendiendo billetes, y con una buena cantidad de moneda falsa de la que usaba para los cambios. Y lo más doloroso del caso fué que con él desapareció y fué á viajar á Filipinas, adonde fué enviado, el capital social que en su mayor parte era mío.

Y aquí tienen Vds. á Cosme Claudio molido de huesos y reducido de nuevo á la miseria, obligado á empeñar la ropa que tenía para poder comer.

Fuí á la calle del Caballero de Gracia á saber de la señorita Oliva, pero me encontré desahuciadas las habitaciones que había ocupado, y la portera ó no supo ó no quiso decirme á donde había ido á parar aquella palomita.

Corrían por entonces los primeros días de Julio. Madrid andaba muy agitado con las cosas políticas, porque los generales O'Donnell, Dulce y otros habían hecho una especie de pronunciamiento militar cerca de Vicálvaro, y el Gobierno moderado, aunque decía que los había derrotado, estaba con su alma en un hilo, y había entablado una persecución tenaz contra todo lo que oía á liberal. Corrían por la corte las noticias más estupendas. Quién decía que O'Donnell y los suyos habían reunido un ejército de treinta mil hombres, y de un momento á otro caerían sobre Madrid: quién suponía que los generales rebeldes huían despavoridos con la poca gente que les quedaba, en demanda de la frontera de Portugal para ponerse en salvo, y hasta hubo quien dijo que un destacamento de la guardia civil los había hecho prisioneros en los límites de la provincia de Toledo.

Como yo no tenía otra cosa que hacer, me dediqué á brujulear lo que pasaba, tomándome grande interés por la suerte de los revolucionarios. Un hombre sin dinero y sin ocupación es siempre materia dispuesta para estas cosas, y sean quienes fueren los que promuevan trastornos políticos, siempre lo encontrarán propicio á ayudarles.

A los pocos días supimos por fin los madrileños, que los revolucionarios habían establecido su cuartel general en Manzanares, que allí se les iba reuniendo no poca gente que bajaba de Andalucía y Extremadura, que habían fraternizado con los elementos progresistas aliándose con ellos para derribar al Gobierno, y que habían lanzado una especie de manifiesto ó programa en que ofrecían todo género de libertades y reunir en Madrid Cortes constituyentes,



LA MUJER DEL DIA .

Ayuntamiento de Madrid

de libertades y reunir en Madrid Cortes constituyentes, para comenzar con mano vigorosa la regeneración de la patria.

Dos sucesos posteriores de que he de hablar necesitan capítulo aparte.



CANUTA

De seguro no habrán oído Vds. jamás un nombre más inarmónico, más horripilante, ni más antipático que el de Canuta.

¿Le hurtan Vds. el amor a una mujer que tuviera la desdicha de haber recibido ese nombre en la pila bautismal? De seguro no.

Pues figúrense Vds. el respingo que daría mi amigo Gerardo, joven espiritual y soñador que se pasaba las horas enteras leyendo a Bequer y a Victor Hugo, y que se acostaba de mal humor el día en que no había escrito veinte octavas o cincuenta quintillas: cuando recibió por el correo una carta de un tío muy rico que tenía en Badajoz, en la cual le decía, poco más o menos, lo siguiente:

Querido sobrino: Bien sabes que tu padre al morir me encomendó el cuidado de velar por ti y hacerte dichoso, y bien sabes como he procurado cumplirlo, siendo para ti un segundo padre. Pero necesito completar mi obra; has cumplido veinticinco años, has derrochado algunos miles de duros, y es necesario que sientes la cabeza; en una palabra, ha llegado la ocasión de casarte, y quiero aprovecharla, con tanto más gusto cuanto que he encontrado la mujer que te conviene. Es huérfana y rica, discreta, hacendosa y bien educada. De su hermosura nada te digo, porque bien sé que sobre ese particular cada cual tiene su gusto. Me limito, pues, a mandarte su retrato en tarjeta americana.

Escribo en jueves, y el lunes llegaré a Madrid con tu prometida Canuta. Si como espero te agrada el enlace, os casareis antes de ocho días, porque tengo que volverme a Badajoz. Te abraza tu tío, Hilario.

Leer esto y casi desmayarse, todo fue uno para el pobre Gerardo. ¡Qué horror! proponerle que se casara con una mujer que se llamaba Canuta, y que por añadidura debía ser de Badajoz!

No se molestó en mirar el retrato: lo primero, porque una mujer que se llamaba Canuta debía ser horrible, zafia y hasta repugnante; lo segundo porque, al tío se le había olvidado incluirlo dentro de la carta.

Las resoluciones heroicas son para las grandes crisis.

Gerardo adoptó una resolución heroica. Recibió la carta de su tío el sábado por la mañana. El sábado por la tarde tomaba el tren expreso de París, y no suspiró tranquilo hasta que respiró las húmedas emanaciones del Sena. Se le figuraba que le perseguía la horrible visión de una Canuta y que extendía para agarrarle por el cuello del gaban, una mano seca y larga como manojo de espárragos.

Por supuesto, que buen cuidado tuvo de no dejar para su tío ni siquiera cuatro líneas, diciéndole adonde iba. Aquel tío verdugo habría sido capaz de perseguirlo con su Canuta hasta los boulevards de París, porque era más testarudo que Camacho.

Aun estando en París, ocho noches seguidas por lo menos, soñó Gerardo con la espantosa pesadilla de su prometida Canuta.

Al noveno día tuvo sueños más agradables. Soñó con una hermosísima aparición que había tenido aquella tarde al pasar distraídamente por el boulevard Saint Denis, salió de una lujosa tienda para poner el breve pie en el estribo de una elegante berlina, una divinidad esbelta, vaporosa, radiante: la ancha ala de su sombrero apenas le dejó ver a Gerardo dos ojos negros de magnético atractivo, una boca lindísima, como una cereza, y una garganta blanca y torneada ¡qué garganta!; pero lo que más aturdió a Gerardo, fue la garganta del pie inverosímil y diminuto que entre la flotante falda asomó en el momento de subir al carruaje.

Gerardo quiso seguirle a la carrera... ¡Vano empeño!... Los briosos caballos que trotaban de una manera insultante burlaron su intento.

¡Aquella mujer sí que era digna de ser amada! ¡Qué distinción!... ¡qué elegancia! ¡qué hermosura!... Cerca de una hora pasó Gerardo en adivinar cómo se llamaría aquella diadema, y por último se persuadió de que debía llamarse Herminia.

Y aquella noche la dedicó sesenta quintillas, y soñó con ella.

¡Cuántas angustias y cuántos sinsabores pasó Gerardo siguiendo la pista de la vaporosa Herminia!

A los quince días volvió a verla por fin... ¡pero en qué circunstancias! Gerardo iba en un coche del tranvía; asomóse distraído al cristal... y por la vía contraria atravesó rápido otro coche del tranvía en dirección opuesta. No fue más que un momento, pero mi amigo vio arrimada también al cristal, la divina faz, los ojos negros, la suave garganta de Herminia.

Dió un salto, precipitose hacia la puerta de salida del carruaje, atropellando a sus vecinos; el conductor del tranvía quiso detenerle del brazo temiendo que se estrellara. Todo en vano: era tal la violencia de Gerardo, que saltó impetuosamente al suelo; pero al caer se torció tan horriblemente un pie, que no pudo dar un paso más, y en un coche de alquiler tuvieron que llevarle a su casa, donde pasó cerca de un mes sin poder moverse de un sillón.

Desesperado mi amigo, y loco de amor, porque la mayor parte de las noches soñaba con Herminia, las pocas horas que no empleaba en escribirle versos, resolvió volverse a Madrid cuando su pie estuvo curado. No regresaba de buena gana, pero el dinero se le había acabado, y no tuvo más remedio. Gracias a que un amigo le prestó la cantidad indispensable para el viaje de retorno.

El día en que llegó a Madrid, su patrona empezó a contarle como su tío D. Hilario había ido a buscarle y se había sorprendido... Gerardo no quiso saber más, y le impuso silencio con apóstrofes tan enérgicos, que la pobre mujer se calló asustada.

A los pocos días Gerardo tomaba café en el Universal en una mesa colocada al lado de la vidriera que da vista a la Puerta del Sol. De pronto sintió que toda la sangre se le agolpaba al corazón. Por delante del cristal acababa de cruzar la vaporosa Herminia, tan esbelta, tan refulgente como en sus anteriores apariciones.

Gerardo quiso precipitarse a la calle, pero se acordó de que no había pagado el café, y llamó apresuradamente al camarero. Pasó un minuto, pasaron dos, y el diligente camarero no acudía.

Mi amigo arrojó sobre el velador una moneda de plata y se precipitó hacia la calle sin tomar siquiera el sombrero que tenía al lado en una silla: al salir derribó a un caballero que entraba y que empezó a desatarse en imprecaciones.

Nada quiso oír Gerardo: a carrera larga disparose como una bala por la calle de Alcalá arriba, para ver si alcanzaba a Herminia, que debía llevar aquella dirección. ¡Momentos terribles de angustia!... Al fin descubrió su sombrero de ancha ala coronado de una pluma blanca, en el momento en que la hermosa entraba en un portal.

Los que están enamorados como Gerardo no reflexionan. Metiose en el mismo portal, subió tras de ella la escalera, y cuando la puerta del piso principal se abrió para dar paso a la divina fugitiva, Gerardo empujó la puerta y de rondón se precipitó en su seguimiento.

Tan ciego iba que tropezó con un hombre que había salido al encuentro de la joven, y que lanzó un grito de sorpresa... De pronto mi amigo quedó helado: el hombre a quien casi había hecho rodar era su tío D. Hilario.

—¡Gerardo! exclamó el tío. ¡Bres tú!... ¡al fin te encuentro!

Mi amigo no sabía qué contestar, y con los ojos desmesuradamente abiertos contemplaba a su sabor el divino e incomparable rostro de Herminia, que llena de sorpresa le miraba también.

El tío fue el primero en recobrar la serenidad. Tomó a la hermosa de la mano y dirigiéndose a Gerardo le dijo con amable sonrisa:

—Tengo el gusto de presentarte a mi esposa Canuta, con quien me he casado hace ocho días. No he querido que esta joya salga de la familia. Será tu tia, ya que no quisiste que fuera tu mujer.

El pobre muchacho cayó al suelo acometido de un síncope. En penitencia de su barbaridad, hizo después juramento de casarse con la primera Canuta que la casualidad le presentara. No la ha encontrado todavía.

Si Vds. saben de alguna, avísenle, que lo agradecerá.

LUCRECIO MESTON.

LA CARICATURA DE HOY

!La gran mujer! la mujer de moda! Ahí tienen ustedes a SARA BERNARDT con todos sus atributos, como actriz, poetisa, música, pintora, escultora, empresaria... El íman de su fama levanta en peso una talega llena de oro: su atracción magnética influye hasta en los caballos de los coches de alquiler; las chispas eléctricas caen sobre su hermosa cabecita rubia; los empresarios la acosan; y ella entre tanto (y entre tontos) se enriquece porque vale mucho, y hace de su vida una novela por entregas.

¡Genio del arte y del hombro contemporáneo! Yo te admiro y te saludo.

MEGACHIS

ANUNCIOS

ANÍS AROMÁTICO SUPERIOR
de Quereimon Alfonso

PREMIADO EN ALICANTE

Monovir

Dirigir los pedidos a esta localidad.

UNIFORMES
CIVILES Y MILITARES

TOGAS

SOTANAS MANTEOS

AMAZONAS

LIBRERÍA

SASTRERÍA

MANUEL PRADO Y SANCHEZ

28 Carmen 28

MADRID

GRAN HOTEL DE LUISA

QUIENIO

GRANDE TABLE D'HOTE

GRAND COMFORT

CHAMBRES ELEGANTMENT GARNIES

Notable es en todas las provincias del Norte, y singularmente entre los viajeros de buen tono, la reputación de este hermoso Establecimiento. Consultando en él la distinguida comodidad con la decorosa y bien entendida economía, su diligente propietaria tiene la honra de contar ya con numerosa y constante clientela.

Ofrece a sus huéspedes, espaciales y bien amuebladas habitaciones—salones de recepción de visitas—amplio y elegante comedor—esmerada mesa, servida por el reputado jefe de cocina D. JUAN GARRIDO, conocidísimo de los habituales comensales de *Pornos y el Europeo*, en Madrid—exquisitos licores—alegre y activa sorvidumbre; y, en fin, cuanto pueden exigir el viajero más acostumbrado al *comfort* y la familia más delicada y aristocrática. Pidáanse habitaciones para la temporada

A LUISA MENENDEZ (Hotel)

OVIEDO

EL MELON DEL DIPUTADO

Continuación de la GITA DE FORASTEROS

CARICATURA ESENCIA DE LAS ELECCIONES

EN UN ACTO Y EN VERSO

original de

ELOY TERILLAN B. N.

Se remite por una peseta, franco de porte.

NON PLUS ULTRA

TINTA SIN ACEITE PARA TIMBRAR

DE VARIOS COLORES

Calidad superior; limpieza en la impresión y timbres,

ESTAMPACION CLARA

Puede emplearse en toda clase de documentos, por finos y delicados que sean, sin exposicion a mancha.

PRECIOS

Frasco de un litro . . .	40 rs. Madrid—50 provincias.
de medio . . .	25 —
de una onza . . .	4 —
media onza . . .	2 —

Véndese en el almacén de papel a cargo de Luis Gonzalez.

LOBO, 18.—MADRID.

Los frascos pequeños no se remiten a provincias en menor cantidad de diez; y sólo por ferro-carril.—Los pagos adelantados, se libran del Giro Mutuo ó sellos de comunicaciones.

VENTA

A LOS BIBLIOFILOS

MAGNÍFICA COLECCION

DE LIBROS ANTIGUOS Y RAROS, EN LATIN Y CASTELLANO

DE LOS MEJORES AUTORES

QUE FLORECIERON EN LOS SIGLOS XIV, XV, XVI Y XVII

Para verlos y tratar.—Todos los días no feriados de 12 a 4, en la plaza de los Carros, núm. 2, pral. derecha.



D. P. C., Alcalá de Henares.—Servidos 6 ejemplares, anotados.—M. O., Algele.—Renovada suscripción hasta fin de Junio.—A. R. V., Estopa.—Recibí 7 pesetas, anotadas en su cuenta.—J. C. R., Málaga.—Recibí liquidación y aumentó remesa.—J. Z. E., La Roda.—Servido su pedido, conforme.—H. B. P., Alicante.—Servidos los atrasados: importan pesetas 433.—P. A., Plasencia.—Basó renovada la suscripción hasta Junio.—A. C., Baleares.—Suscripción: sirvase abonar el importe.—F. S., Huesca.—Remitido el paquete: devuelva el pliego de condiciones, firmado y aceptado, como hacen todos.—V. R., Mora de Toledo.—Servida la remesa como solicita.—J. C., Avila.—Se le sirvió a su tiempo lo que podía: no hay colecciones más que desde 1.º de año y quedan a 6 pesetas, no suscribiéndose.—J. V., Elche.—Remitido lo que pide en su carta.—F. H., Santfía.—Recibí pesetas 13, anotadas.—C. B. A., Jaén.—Recibí pesetas 12, ídem.—A. U., Soravia.—Servido con aumento de remesa.—M. A. A., San Sebastian.—Recibí pesetas 21,50 y aumentada la remesa.—A. C., Quere.—Pagada la suscripción hasta fin Setiembre: falta el abono de la del Sr. S., pues en la administración de «El Imparcial» no existe la orden que usted indicó.—A. J., Andújar.—Recibí pesetas 3,90, pero no el paquete de que me habla.—E. B. S., Oñate.—Puede V. entenderse con el Agente que le ha hecho la suscripción y lo que él resuelva, bien estará.—I. I., Alcoy.—Renovada la suscripción: continúan faltando los números de que usted habla.—T. N. J., Sevilla.—Los domingos en la noche se tira aquí el Suplemento, ¿costará? Los lunes por la mañana se despacha el correo, ¿costará? y por la tardesita, sale en los trenes a los cuatro vientos, ¿costará? Pus no hay más: así podrá usted leer las revistas de toritos que escribe el TIO CARCOMA, ¿costará?—P. y C., Cadix.—Recibí pesetas 50,70, anotadas.—B. R. Toro.—Recibí pesetas 24,24, ídem contestado por correo.—J. Z., Novelda.—Recibí pesetas 41 anotadas.—A. A., Faro de Bascumberras.—Renovada suscripción hasta fin de Junio.—A. G. L., Córdoba.—Se agotó el número que V. pide.—R. R., Barcelona.—Servidos los doce números del 14.—P. P. C., Zaragoza.—Lo mismo que el anterior.—C. Ch. P., San Sebastian.—Hay muchos modos de robar, y uno de ellos debe ser el que V. dice: pero los hombres de bien buscan, más que el beneficio injusto y atropellado, el reposo de su conciencia.—Un Bromista, Santander.—Preparamos el número monumental, pero no crea V. que es obra de cuatro días, pues se hará una edición de 20.000 ejemplares que suponen en unos meses de tiradas en las máquinas litográficas.

CENTROS DE SUSCRIPCIONES A ESTE PERIÓDICO

LIBRERÍAS: de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo.
de Gaspar, calle del Príncipe.

SUCURSAL DE PUBLICACIONES

Mayor, 13, portal.

En todos estos centros se dan recibos bromísticos que deben ustedes leer... por curiosidad.

MADRID.—Imprenta de La Broma, Amnistía, 3.—1882.